

Historia Insólita
incredible pero cierto

Errores
Lapsus
y Gazapos
de la historia



Los grandes y pequeños errores y meteduras de pata de la historia. Lapsus históricos, erratas y gazapos, despistes y disparates

Gregorio Doral

Esta obra abarca todo tipo de hechos, sucesos y anécdotas singulares: lapsus históricos, meteduras de pata verbales y escritas, erratas y gazapos de todo tipo, despistes, disparates y, en general, cualquier tipo de errores no intencionados, protagonizados por personajes famosos o no de todos los ámbitos, todas las épocas y todas las procedencias geográficas.

El autor nos hará conocer cómo algunos lapsus o errores de comprensión han dado lugar a nombres de países; cómo mínimos errores de programación han causado a la NASA pérdidas de millones de dólares o cómo ciertos desfases hicieron que el papa Juan I encargase a un erudito un nuevo cómputo de años que estableció que Jesucristo nació hacia el año 4 antes de Cristo.

*A Ada, uno de los grandes aciertos de mi vida. Y
cada día más. Gracias.*

Prólogo

La colección HISTORIA INSÓLITA presenta una multitud de sucesos increíbles, pero ciertos; o creídos, pero falsos; incluso, legendarios, pero curiosos... Una multitud de acontecimientos gratamente curiosos, sorprendentes y ejemplares que la historia oficial y ortodoxa generalmente suele dejar de lado y que ponen en cuarentena lo que creíamos saber, pero lo hace de una forma divertida, por cuanto insólita; amena, por cuanto informativa, e instructiva, por cuanto rigurosa.

Según se vayan desgranando los distintos volúmenes, la colección se irá poblando de todo tipo de seres excéntricos y extravagantes, simpáticos u odiosos, perversos o lascivos, despistados o meticulosos..., de los que conoceremos su vida y, en muchos casos, su extraña o chocante muerte. En HISTORIA INSÓLITA se irán dando a conocer casos y cosas fuera de lo común, en forma de casualidades y coincidencias, errores y gazapos, timos y fraudes, enigmas y quimeras, locuras y extravagancias, falsedades y mentiras, depravaciones y lujurias... Podrá decirse, tal vez con razón, que en este poliédrico y multifacético rosario de hechos se ensartan pocas perlas y mucha bisutería. Es cierto. Es conscientemente bisutería histórica porque sólo pretende adornar la riqueza cultural de sus posibles lectores; no, desde luego, amueblarla ni ennoblecerla. Pero no por ello se ha de entender como un mero museo de monstruos ni como un muestrario de excepciones. En realidad, sólo presenta ejemplos históricos extremos de comportamientos y sucesos muy comunes y habituales.

Se narrarán sucintamente las increíbles biografías de personajes tan extraordinarios como Lady Godiva, la Monja Alférez, Sissí, Lawrence de Arabia, Billy El Niño, Iván El Terrible, los Borgia o el marqués de Sade; se detallarán inusi-

tadas historias como la conquista del imperio de los incas, la infame subasta del trono imperial de Roma, las supuestas excentricidades de Nerón y las singulares peripecias eróticas de Cleopatra, Mesalina, Mata-Hari, Eloísa y Abelardo y otros muchos. En sus páginas también se detallarán cuestiones tan dispares como el casual descubrimiento de la cueva de Altamira, el imperecedero mito de Eldorado, las estrambóticas profecías sobre el fin del mundo, la hipotética fecha y hora de la Creación o la repetida venta de la Estatua de la Libertad. Se contará cómo perdió los brazos la Venus de Milo y cómo nacieron los premios Oscar. Se hablará del acorazado que se hundió alcanzado por uno de sus propios torpedos o el caza que se autoderribó. Se esclarecerán las indescifrables predicciones del Oráculo de Delfos, los misterios de la Isla de Pascua, la Maldición de los Faraones, por qué se inclinó la Torre de Pisa, quién dio el erróneo nombre de América al Nuevo Mundo, cuándo comenzó la plaga de conejos en Australia o cómo fue posible que un guardabosques sobreviviera a siete rayos. Asimismo, sabremos cómo se inventaron la guillotina, las patatas chips, el perrito caliente, el WC y el papel higiénico, el crucigrama, el sello de correos, el biquini o el condón; o qué origen tienen palabras como «boicot», «silueta», «sándwich», «linchamiento» o «restaurante»; o bien quiénes fueron los primeros siameses, el primer fumador europeo y la primera vampiresa del cine; o en qué personas reales se basan los personajes ficticios de Tarzán, Robinson Crusoe, Drácula, el Tío Sam, la Dama de las Camelias, Sherlock Holmes o Santa Claus; o cuál fue la primera huelga de la historia, si Shakespeare escribió realmente sus obras o cuándo se utilizó por primera vez la clave SOS. Se podrá saber que más de una vez ha llovido ranas o sangre; que el zar Pedro I gravó con un impuesto a los barbudos, o que alguien cree que en la Biblia se habla del SIDA. Se podrán conocer las extraordinarias historias del bailarín sin piernas, los ansiosos comedores de caucho o de bicicletas, las mujeres barbu-

das, el jugador de béisbol manco o aquellos mellizos que nacieron con cuarenta días de diferencia. Incluso será posible enterarse de que Cervantes y Shakespeare murieron en la misma fecha, aunque no en el mismo día; que no son pocos los personajes de quienes se cree que han muerto literalmente de risa; que Isaac Newton era tremendamente despistado; que Aristóteles mantuvo teorías absurdas, o que, por ejemplo, se conservan numerosas reliquias de Napoleón (incluido su pene que, por cierto, es una birria al lado del de Rasputín).

En esta colección de obras desinhibidas y amenas, pero rigurosas y didácticas, sí importarán las nimiedades, entendidas como argumentos con que demostrar que el ser humano, cuanto más solemne es, más ridículo resulta; cuanto más angustiado está, tanta más astucia desarrolla, y cuanto más relajado e íntimo, más grotesco. Se demostrará que no es raro encontrar, tras cada hecho histórico, una verdad que sonríe y, tras cada gran personaje, una sombra bufa o un demonio doméstico. Y se llegará a la conclusión de que nada parece lo que es ni nada es lo que parece, y de que nada resulta más común que lo sorprendente.

En definitiva, la colección HISTORIA INSÓLITA reflejará la pequeña historia vista desde las bambalinas, mostrando a las claras todas sus miserias, falsedades, misterios, bajezas, extravagancias, casualidades y sorpresas.

Alguien dijo que «no hay nada tan inevitable como un error al que le ha llegado su momento». Este volumen de HISTORIA INSÓLITA, dedicado precisamente a los errores, los lapsus y los gazapos, trata de demostrar que las equivocaciones son algo casi consustancial al ser humano y que la historia está plagada de políticos, militares y científicos que no se cansaron de meter la pata y de causar perjuicios a los demás. Por ejemplo, la asociación alemana de judíos que apoyó y pidió el voto para Hitler, el paradigmático coronel Custer, los aviones que se autoderribarón, los submarinos que se autotorpedearon y los buques que hundieron a bar-

cos amigos por error, quienes llevaron conejos a Australia o estorninos al Central Park de Nueva York y causaron sendas plagas, o los que recetaban opio y cocaína para calmar a los niños. No se olvida tampoco de aquellas opiniones, propuestas y teorías absurdas o descabelladas que, en el mejor de los casos, son ineficaces y, en el peor, dañinas o fraudulentas; por ejemplo, el visionario que propuso en 1899 cerrar la oficina de patentes porque «ya estaba todo inventado», el que registró a su nombre todo el universo o el ex policía que aprendió a leer los sentimientos de las plantas con un detector de mentiras.

Tampoco faltarán todo tipo de imperdonables errores concretos, como aquellos *boy scouts* franceses que borraron unas pinturas rupestres creyendo que eran grafitis, el coleccionista de arte que rompió de un codazo un cuadro de Picasso que iba a vender por ciento treinta y nueve millones de dólares, el transcriptor musical que cambió la dedicatoria «Para Teresa» por la de «Para Elisa», el partido de fútbol que provocó una guerra en la que murieron seis mil civiles, la enciclopedia que hubo que retirar del mercado tras clasificar una seta mortal como inocua, el limpiador de una galería de arte que, enfadado, lustró una habitación llena de basura sin saber que era una valiosísima obra, el censor español que trocó un adulterio en un incesto o el jurado del concurso de imitadores de Charlot que eliminó a la primera de cambio al propio Chaplin. Se dará cuenta asimismo de actitudes y comportamientos temerarios que entrañaron un riesgo inaceptable para su propio protagonista (el sastre que se tiró de la torre Eiffel creyendo que volaría con su capa, o el subcampeón mundial de sauna que, literalmente, se coció por intentar ganar el campeonato) o, peor aún, para terceras personas (como el piloto de Aeroflot que dejó a su hijo adolescente a los mandos del avión, el cual se estrelló minutos después en Siberia).

Todo ello sin olvidar los refranes «¿Acertar errando? Sucede de cuando en cuando» y «Quien anda es quien tro-

pieza, y no el que se está en la cama a pierna tiesa», ni tampoco que «No hay error que no valga para algo». Al fin y al cabo, no está mal buscar una nueva ruta a Oriente y descubrir América. Quizás los únicos errores que hay que evitar son aquellos que eliminan la posibilidad de volverlo a intentar.

Gregorio Doval

Historia Insólita

increible pero cierto

Corría el año 1802 cuando un soldado conquense del Regimiento de infantería de la Corona, de guarnición en Valladolid, de nombre Mariano Coronado, fue apresado por robo con homicidio y condenado por un tribunal militar a la pena capital. Al objeto de cumplir tal pena, cual era costumbre, se preparó todo en la plaza Mayor vallisoletana para su ahorcamiento, que una mañana se llevó finalmente a cabo. Una vez ahorcado, dando por supuesto que el soldado había muerto, se bajó su cuerpo del cadalso y las Hermanas de la Caridad se hicieron cargo de él. Pero, de camino a la morgue, una de las monjas vio cómo el cadáver movía una mano. Poco a poco, gracias a los cuidados de las religiosas, el ahorcado volvió a la vida. Pero, entonces, se planteó la gran duda: qué hacer con él. Tras una sesuda reflexión y la oportuna consulta con el propio rey, se decidió que el reo había cumplido con la justicia: había sido condenado a la horca y había sido ahorcado, por lo que la pena estaba satisfecha. En consecuencia, sorprendentemente, Mariano Coronado fue dejado en libertad, aunque eso sí, se le expulsó de la ciudad. A cambio, se decidió procesar al verdugo, por considerar que podía ser culpable de que el reo estuviera vivo, pero finalmente el juez concluyó que este había hecho bien su trabajo y que la «culpa» de lo sucedido estaba en haberlo bajado demasiado pronto de la soga, lo que no era base para condena alguna. Mientras tanto, el afortunado soldado había vuelto secretamente a Valladolid, al parecer para tomarse venganza de una antigua novia que le había traicionado. La justicia le volvió a apresar y, esta vez, se aseguró de que el destierro fuera eficaz, para lo que fue enviado a Vigo y allí embarcado con destino a Puerto Rico, donde se le perdió la pista.

Cuando el insumergible *Titanic* se hundió en 1912 en aguas del Atlántico, el Senado estadounidense abrió inmediatamente una investigación para tratar de aclarar las causas del trágico suceso. Tras oír la

descripción técnica del trasatlántico por parte de un experto, el senador William A. Smith, representante del estado de Michigan, le preguntó ingenuamente: «¿Por qué no se refugiaron los pasajeros en los compartimentos estancos que ha mencionado para evitar ahogarse?». Evidentemente sus conocimientos navales no eran muchos o, dicho con otras palabras, su ignorancia sobre el tema era tan profunda como las aguas del Atlántico en que se hundió el barco, compartimentos estancos incluidos.

Al sugerirse por primera vez que se instalara en Constantinopla una red de abastecimiento eléctrico, le explicaron al sultán de Turquía que sería necesario instalar varias dinamos. El sultán, que no era un hombre de educación avanzada, pensó que la palabra «dinamo» sonaba sospechosamente parecida a «dinamita», y eso sí que sabía lo que era. Así que decidió vetar el proyecto y Constantinopla tuvo que esperar la electricidad varios años más.



En agosto de 1890, por primera vez en la historia, un condenado a muerte fue ejecutado en la silla eléctrica. Cuando el ex-

céntrico emperador de Abisinia Menelik II (1844-1913) se enteró, encargó tres sillas eléctricas a los Estados Unidos. El único problema fue que, al llegar el pedido, descubrió que necesitaban electricidad para funcionar y su país todavía no contaba con ese adelanto. Como el emperador era muy tenaz e ingenioso, pronto encontró la solución: usó una de ellas como trono imperial. En 1913, Menelik II, encontrándose gravemente enfermo del corazón, sin que sus médicos acertasen en los cuidados, se hizo traer su Biblia particular y, movido por la fe (y por la ignorancia), fue arrancando una a una todas las páginas del Libro de los Reyes y se las fue comiendo. Con tan extraña terapia, Menelik II no sólo no mejoró sino que falleció pocos días después. Según parece, Menelik II era también un hombre bastante desconfiado. En cierta ocasión le fue presentada la maqueta de un puente que había de construirse. Parece ser que no confiaba en la solidez de aquel puente y, para demostrarlo, no se le ocurrió otra cosa que golpear con el puño la maqueta, que, como es natural, acabó aplastada. Llegado el momento de la siguiente presentación, los arquitectos, escarmentados por la anterior decidieron fabricar la maqueta del puente con madera más sólida. Evidentemente Menelik II intentó de nuevo aplastar el puente, cosa que no logró, por lo que no le quedó más remedio que aprobar su construcción.

Cuenta el escritor y dramaturgo francés Pierre Antoine de La Place, en su obra *Pièces intéressantes*, que a finales del mes de marzo del año 1621 el frío aún se hacía sentir en la que, desde hacía unos años, había vuelto a ser capital del reino de España, Madrid. En uno de aquellos frescos atardeceres, el rey Felipe III (1578-1621) adolecía de una incipiente erisipela y descansaba junto a una chimenea que había sido bien atizada para templarle el cuerpo. Sin embargo, conseguido ese objetivo, resultó que el monarca comenzó a acalorarse desmedidamente y topó con la dificultad de que en su estado no podía retirarse o reducir el fuego. Lo propio era que solicitase tal medida de un sirviente o, según la rígida etiqueta cortesana, del duque de Uceda (c. 1581-1624), y sólo de este. Al cabo de un rato, el rey pareció tener la suerte de que apareciera el marqués de Tovar, el cual oyó su petición, pero al que re-

cordó lo indicado: el protocolo cortesano le impedía atender ese tipo de solicitudes regias. Lo penoso para el monarca es que el duque de Uceda no se hallaba en palacio y que no pudo ser localizado con la debida premura. Cuando por fin llegó y solucionó el exceso de calor que estaba soportando el rey, este ya estaba bañado en sudor a causa de un fuerte acceso febril. Aquella misma noche la erisipela y sus consecuencias acabaron con la vida del rey, que podría haber salvado la vida si el protocolo cortesano no hubiese sido tan estricto.

Dudando si atacar o no a los persas, Creso (siglo VI a. C.), el último rey de Lidia, preguntó al oráculo de Delfos si su ataque tendría éxito. El oráculo le contestó que, si conducía un ejército hacia el Este y cruzaba el río Halys, destruiría un gran imperio. Reforzado por ese vaticinio, Creso organizó una alianza con Nabónido de Babilonia, Amosis II de Egipto y la ciudad griega de Esparta e invadió Persia. Sin embargo, las fuerzas persas derrotaron a la coalición en Capadocia, en la batalla del río Halis (547 a. C.). Los persas invadieron Lidia, tomaron su capital y encadenaron al propio Creso. Al ser liberado, este acudió de nuevo a Delfos, esta vez con la pregunta: «¿Por qué me engañaste?». La sacerdotisa del oráculo le contestó que no le había engañado, pues, en efecto, Creso había destruido un gran imperio, el suyo propio.

Durante una visita a Israel en su etapa de alcalde de Berlín Oeste, Willy Brandt (1913-1992), que después sería canciller alemán, fue invitado a admirar el nuevo Auditorio Mann de Tel Aviv. Brandt expresó su agradecimiento y su admiración al pueblo de Israel por haber dedicado un imponente auditorio al gran escritor alemán Thomas Mann. Tras un momento de estupor, Brandt fue corregido con mucha educación por su anfi-

trión. En realidad, el nombre del auditorio recordaba a un cierto Frederic Mann de Filadelfia. «Comprendo. Y ¿qué es lo que ha escrito este hombre?», preguntó Brandt. «Un cheque», fue la lacónica y sincera respuesta que le dieron.



El sobrenombre del nigromántico siberiano Grigorii Efimovich Novy (1872-1916), Rasputín, significa en ruso algo así como 'libertino'. Y no fue, según todos los testimonios, un mote gratuito ni desacertado. Al parecer, su gran carisma entre las mujeres se debió no sólo a su carácter misterioso y a su gran facilidad verbal e hipnótica (aunque, por cierto, ni siquiera sabía leer y escribir), sino también a cierta parte de su organismo que alcanzaba, según descripción que dejó escrita su propia hija, los treinta y cinco centímetros de turgente longitud y que él no se esforzó en mantener inactiva. Esa parte de su organismo le fue cortada, por cierto, en el mismo momento de su terrible asesinato (que contamos en el texto). En 1967 una anciana residente en el barrio parisense de Saint-Denis sacó a la luz el secreto que había guardado en una caja de madera durante años: el auténtico pene de Rasputín [el que se ve en la foto], su antiguo amante. Tras una serie de pruebas se comprobó que efectivamente era el del monje ruso y fue comprado por ocho mil dólares por el museo erótico de San Petersburgo. Hoy sólo se conservan 28,5 centímetros de pene debido a que una parte se dejó en el cadáver durante la castración y al supuesto ataque de un perro.

El emperador Teodosio II (401-450), que gobernó en el Imperio romano oriental desde el año 408 hasta su

muerte, solía firmar los documentos sin leerlos. Para escarmentarle, su hermana Pulqueria le puso delante su sentencia de muerte y, sin leerla, la firmó. Al final, no obstante, no se llegó a ejecutar y Teodosio murió en un accidente de caza, al caerse accidentalmente de su caballo.

El escritor y científico francés *Jean Antoine Condorcet* (1743-1794) participó muy activamente en la primera fase de la Revolución francesa, pero después, al apoyar a los girondinos moderados durante la etapa del Terror, se hizo poco grato y tuvo que vivir escondido durante mucho tiempo para no perder, literalmente, la cabeza. Al sospechar al cabo que su refugio ya no era seguro, intentó escapar del París revolucionario. Se disfrazó de burgués para no despertar sospechas y anduvo huyendo por los bosques de la región hasta que encontró un pequeño mesón en el que comer algo en la pequeña localidad de Clamart, cercana a la capital. Se sentó a la mesa y pidió una tortilla. «¿De cuántos huevos?», le preguntó el posadero. Condorcet, que nunca en su vida había hecho una tortilla, respondió: «De doce». Cuando el ventero escuchó esta barbaridad, se dio cuenta de que era un aristócrata disfrazado y lo denunció a la policía, que lo detuvo inmediatamente. Dos días después apareció muerto en el calabozo en circunstancias poco claras.

El estadista, diplomático y científico estadounidense Benjamin Franklin (1706-1790) predijo oculto tras un seudónimo la muerte del director de un periódico rival mediante un estudio astrológico, pero pasó la fecha, nada sucedió y era evidente que el susodicho estaba vivo. No obstante, Franklin siguió promulgando su éxito y diciendo que estaba muerto. Cuando al final el hombre realmente murió, Franklin tuvo la